

49

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



LA NOVIA
FINGIDA

FOR
MAE MURRAY

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LA NOVIA FINGIDA

Sentimental novela, interpretada
bajo el siguiente reparto:

Gaby	MAE MURRAY
Paul Leconte . .	Roy d'Arcy
Bruce Grover . .	Francis X. Bushman
Antonio Bargey	Basil Rathbone

Producción METRO-GOLDWYN

Exclusiva de

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220, Barcelona

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona

LA NOVIA FINGIDA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

París, esta ciudad mágica, evocadora de voluptuosos ensueños, esconde en lo más íntimo de su alma dolorosas tragedias de fondo sentimental. Gentes que viven una existencia de vicio y de maldad, son santificadas de pronto por el imperio de una pasión pura y honrada. El sentimiento augusto del amor redime sus vidas como la más fragante virtud.

En el barrio de Montmartre alzábase, escondido en un callejón sórdido, el café "Chez le père Latulipe", uno de los lugares de peor reputación de la capital francesa. Sus parroquianos eran gentes de la peor calaña. Todos buscaban refugio en aquel establecimiento en-

vuelto en la nube de cien pipas humeantes. Y a altas horas de la noche, el piano, único instrumento musical, dejaba oír las notas lánguidas de los tangos, poniendo en el alma apache un soplo de violento amor.

El baile era imprescindible en el café. Algunas parejas, en el centro de la sala, seguían el ritmo de la música, con los difíciles movimientos de sus cuerpos. Eran danzas silenciosas, pero terribles. Giraban, matizando al compás de los melancólicos sonos, el terno drama humano de la pasión. La mujer huía, pareciendo esquivar los brazos fuertes del dominador, pero el apache la enlazaba, uniéndose a ella con la más estremecedora de las actitudes. Todo el amor con su poderoso acicate se adivinaba en los gestos de los bailarines, en sus miradas lánguidas y desmayadas en sus bocas entreabiertas por las que se escapaba un hálito de ardor carnal. Como sus vidas, agitadas y miserables, envueltas en el ropaje de todos los vicios, el amor, tenía para ellos una fuerza salvaje, próxima a la muerte. Y el baile era la representación viviente y rítmica de sus espíritus de volcán.

Una dorada tarde de otoño, la policía había acudido a dicho café en busca de unos ladrones, cuya especialidad era el robo de joyas. Los apaches, cerrando precipitadamente las puertas, se aprestaban a la defensa. En vano los gendarmes hacían desesperados esfuerzos para abrirse paso. Parecía adivinarse una lu-

cha próxima y violenta entre los dos adversarios.

El movimiento de la calle despertó a una linda mujer, que habitaba la casa contigua a la taberna. Era la bailarina Gaby, cuyos rubios cabellos y ágiles pies conocía, por haberlos admirado, todo París. Envuelta en un delicioso salto de cama, se asomó al balcón para descubrir el origen del escándalo.

Ante el café, comenzaban a emplearse los medios decisivos. Se habían lanzado al interior del establecimiento bombas asfixiantes, cuyo mortífero hedor obligaría a todos a salir de su escondite.

Dirigía la expedición contra los apaches el prefecto de policía, Paul Lecoq, un hombre sagaz, desconfiado y poco propenso a la compasión. Le acompañaba un amigo suyo, Bruce Grover, millonario norteamericano, que había conquistado nombradía internacional como criminalista.

—Va usted a ver — dijo Lecoq — cómo vencemos a esa gentuza—. Mis bombas son una adquisición de la guerra; lanzan un gas que al causarles un ardor insufrible en los ojos, les obliga a rendirse sin oponer resistencia.

Estas palabras fueron confirmadas por la realidad de los hechos. Bajo la influencia de los deletéreos gases, los apaches se entregaron a la policía. Esta penetró en el local, dispuesta a recuperar varios lotes de joyas que habían

sido robados. No sospechaba particularmente de nadie; era preciso efectuar un registro general, buscar indicios para detener los autores. Pero los clientes ignoraban de qué se trataba... ¡Ellos querían vivir en paz!

Bruce, al dirigirse con el prefecto al café, vió casualmente a la hermosa bailarina apoyada en una de las balaustradas del balcón.

—¡Soberbia mujer! — comentó—. ¿La conoce usted?

—Demasiado. Es una bailarina muy lista que alterna continuamente con los ladrones, pero contra la cual no ha podido conseguirse, hasta ahora, la menor prueba de culpabilidad.

—Difícil me parece que consigan ustedes pruebas en contra de ella por más que las busquen, Lecointe; una mujer que tiene esa cara tan bonita ha de ser incapaz de nada malo.

—No se fie...

Gaby, desdeñosa, había abandonado el balcón. Su camarera, una mujer fiel, ya entrada en años, corrió a ella precipitadamente y la dijo:

—¡Gaby! ¡Gaby, la policía!

Y se revolvía por todo el cuarto, como si fueran a meterla en presidio. En efecto, la policía, no encontrando las joyas ni indicio alguno en el café, había penetrado en casa de Gaby, a la que consideraban cómplice más o menos lejana de los apaches.

—¡Calma! — dijo Gaby — no hay que

asustarse. Comienzo a estar harta del señor Lecointe.

Tres guardias invadieron las habitaciones íntimas de la diosa.

—¿Cómo se atreven ustedes? — protestó ella.

—Han de aparecer las joyas robadas, señora, y nuestro deber es seguir buscando.

—Aquí no hay nada... nada... y cometen ustedes un atropello.

La policía, en su afán de obtener un triunfo, lo registraba todo: cajones, mesas, armarios, el tocador, ropas, fragantes de Gaby, todo... La bailarina, furiosa, pateaba de rabia, insultando con los más violentos reproches a los representantes de la autoridad. La obsesión de las joyas les hacía seguir buscando, incansables, sin hacer caso de las violencias de Gaby.

La camarera vió sobre un estuche las joyas de Gaby, que ella vestía cada noche, en sus soberanas actuaciones. Y temiendo que los guardias creyeran que eran procedentes de robo, las cogió, escondiéndolas en uno de los sitios que consideró más seguro: en el hueco de uno de los barrotes de la cama. Y temblando de miedo, optó por esconderse ella también, y a falta de otro barrote adecuado, ocultóse bajo el amplio lecho.

Entretanto, Gaby seguía en sus impropiedades.

—Realmente, ya raya en manía este empe-

ño que tanto el señor Lecointe como sus estúpidos subalternos demuestran en molestarme; y al fin estoy viendo que no tendré más remedio que cantarles cuatro verdades... ¿Qué se han creído ustedes?...

Lecointe y Bruce entraron en la habitación. Quedaron ante la puerta, sorprendidos por los duros reproches de la joven.

—¡Qué amable es la niña!... — dijo el prefecto, riendo.

Gaby volvióse rápidamente y gritó:

—¡Hola!, ¡hola!... ¡Nada menos que el señor Lecointe en persona!... No dudo que si la torre Eiffel llegara a perderse vendría a buscarla debajo de mi cama.

Bruce tenía clavados los ojos en la bailarina. ¡Era tan hermosa!... Fué a quitarse el sombrero, pero el prefecto le advirtió:

—No se descubra, amigo mío...

Lecointe avanzó por la sala, mirando con aire despectivo a la bailadora. Creía que ella estaba complicada en una porción de delitos y esperaba sólo el momento adecuado para privarla de libertad. Sentía por aquella mujer una antipatía tenaz.

Bruce, en cambio, parecía hipnotizado por Gaby. Le había causado una impresión profunda... y favorable. ¿Era posible que aquella linda mujer fuera tan mala como sostenía Lecointe?

—¿Han encontrado ustedes las joyas? — dijo el prefecto a sus subordinados.

—No... no, señor... nada...

Y puestos en fila, le miraban asustados...

Uno de ellos tenía la cara completamente ca de un brochazo de polvos que Gaby le había lanzado poco antes. Los otros sostenían en los brazos lindas camisitas de la joven.

—¡No han encontrado nada... ni encontrarán nada! — gritó Gaby—. Y tengan la bondad de marcharse todos de aquí... ¡Estoy harta de usted y de todos los policías de París! ¡Me enloquecen!... ¡me desesperan!... ¡Cuidado, señor Lecointe; agota usted mi paciencia!

Y paseaba por la habitación con gestos de actriz en el último acto de un drama.

—Un poco de silencio, Gaby, ¡por Dios! — dijo el prefecto con tranquilidad—. Y ustedes, no sean idiotas — agregó dirigiéndose a los guardias—. ¡A seguir buscando!... ¡Cuando una mujer se pone trágica es que tiene interés en ocultar algo!... Discurran ustedes un poco, demuestren un poco de malicia, ¡aprendan de mí!

Y comenzó a husmear por todos los rincones, con ojos avisores de buen policía, buscando la pista que no encontraba. Meditando sobre la presunta culpabilidad de la bailarina, vino a apoyarse contra uno de los barrotes de la cama que se movió bajo su peso. Un gesto de alegría brilló en los ojos del prefecto.

—¡Caramba!... ¡Caramba!... ¿qué significa eso?...

Sacudió el barrote, levantándole fácilmente. E introduciendo la mano en el hueco donde aquél se asentaba, la sacó de pronto, con un lote de joyas.

—¡Vamos!... ¡Ya apareció aquéllo!... Ha cometido usted el pequeño error de creer que es más lista que yo, Gaby; y lo siento, porque estas joyas son una vivísima acusación.

Acariciaba los bellos collares que tenía entre manos con una sonrisa de triunfo. Bruce, en cambio, con una mirada de dolor, parecía observar los movimientos de la joven. Pero Gaby no demostró ninguna emoción ante el descubrimiento del policía. Se limitó a decir con el gesto burlón que la caracterizaba:

—El quedar vencida por el mejor policía del mundo, es siempre un consuelo, señor Lecointe.

—Pues ¿qué se había usted creído?... ¡No tenía usted que escapar siempre de mis manos!... Y ahora, responderá usted ante la justicia.

—¡Pero, señor Lecointe, permíname por esta vez!...

—¡No!, ¡no! ¡de ningún modo! Eso sería renunciar a mi triunfo; pide usted demasiado. Bueno... guardias, llévense a Gaby...

—¡Un momento! —dijo ella, cambiando de expresión—. Ha cometido usted el pequeño error de creer que es más lista que yo, señor Lecointe; y lo siento porque...

Y sus ojos tenían una expresión de malicia.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el prefecto, alarmado, temiendo alguna nueva trapisonda de su enemiga.

—¡Oiga!... ¡oiga!... ¡hombre de Dios!... ¿Cree usted que si las joyas fueran legítimas en vez de una simple imitación, bailarían yo noche tras noche en Vibout por un puñado de francos?...

—Pero... ¿esas joyas?...

—Falsas... de lo peorcito... ¡obsérvelas usted!...

El prefecto corrió a la luz. ¡Maldita Gaby! En efecto, aquellas piedras preciosas que tenía entre manos eran de una escandalosa imitación. De lejos, bajo el resplandor de cien luces, competían con el verdadero y precioso mineral; pero examinadas de cerca sólo recordaban los cristales finos...

—Pues entonces... ¿estas joyas son de usted?...

—¿No han de serlo, criatura?... ¡Pues no hace poco tiempo que las luzco todas las noches!... Yo no soy ninguna ladrona, Lecointe. ¿entiende?... ¿Cuándo se convencerá usted de ello?

La ira resplandecía en la mirada de Lecointe. Los policías se miraban comentando en silencio la burla. El prefecto, conociendo que se hallaba en ridículo ordenó:

—¡Fuera de aquí!... ¡En el acto!...

Apenas desaparecidos los uniformados agentes, Lecointe esparció una mirada de furor

por toda la habitación, buscando las joyas verdaderas, cuyo paradero Gaby desconocía en absoluto. Bruce, con los ojos fijos en la bailarina, parecía denotar cierta satisfacción ante el inesperado término de la aventura... ¡Aquella mujercita!... ¡Oh! ¡si se veía bien a las claras que no era una ladrona!

Gaby, con las solemnes actitudes que gustaba con frecuencia de adoptar, repitió:

—¿Se ha convencido usted ahora, señor Lecointe?...

—¡Bah!... — respondió el aludido—. Por esta vez ha ganado usted, Gaby, pero la partida no ha terminado todavía; le aconsejo que cambie de conducta si no quiere perder al fin.

—¡Vaya una insolencia!... Lo que habría usted de procurar es adquirir un poco más de educación, señor prefecto.

—Basta... no discutamos más... Creo que no tardaremos en encontrarnos, Gaby... Salgamos, Bruce.

Pero ya cerca de la puerta, el criminalista americano paró a su amigo y le dijo:

—¿Tiene usted la bondad de esperarme un momento, ahí fuera?...

—¿Yo? — respondió Lecointe, sorprendido—. ¿Quiere usted hablar con Gaby?... ¡Ah, bien... le espero desde luego; pero le aconsejo que tenga mucho cuidado con el reloj!...

Y sonriendo abandonó el cuarto. Gaby, sorprendida por las palabras últimas, contemplaba con éstupor al americano. ¿De qué quería

hablarle este hombre?... ¡Ah, esa pandilla, amiga de los Lecointe! ¡Le tenía ella un odio!...

—¿Por qué quiere usted hablarme? — dijo ella, malhumorada.

—¡Se lo ruego!... No tome a mal lo que voy a decirle... Es debido al vivo interés que me inspira usted...

—Bueno... usted dirá — replicó, sin muchas cortesías, la bailadora.

—Una mujer como usted, de sus méritos, merece vivir en otro medio, señorita... Y yo querría rogarle...

Pero ella cortó la conversación con su voz silbante y agresiva:

—¡Guárdese usted sus consejos! ¿Cómo se atreve?...

—Por Dios, señorita Gaby...

—Hemos terminado, señor. Cuando necesite sus opiniones, le llamaré...

—Entonces... no quisiera molestarla más...

Ella le volvió desdenosamente la espalda, y Bruce, disgustado, se retiró. Pero tenía clavados en su corazón los ojos de Gaby, la sonrisa de aquella mujer misteriosa. Bruce conocía el corazón humano. En sus años de práctica como criminalista, había tratado de cerca muchas almas femeninas, y estaba seguro de que Gaby, a pesar del turbio ambiente que la rodeaba, era una flor intacta y no contaminada aún por los vientos del delito.

Al salir, juntóse con su amigo que le aguardaba, y le preguntó:

—Dígame, Lecointe: ¿dónde baila Gaby?

—En casa de Vibout, en la calle Dulac.

—Gracias.

—Y ¿cómo ha ido la entrevista?... ¿Se ha convencido usted de lo que vale esa... señorita?...

—Aunque usted lo tome a chacota... creo que ella no es lo que usted supone...

—La conozco hace mucho tiempo, Bruce... y no me engaño... Si ella no es directamente una ladrona, colabora con los ladrones...

—¿Quién sabe, Lecointe!... Dentro de algún tiempo le contestaré con conocimiento de causa...

—¿Es que piensa ocuparse de Gaby?...

—Quiero leer en su alma...

Los dos amigos subieron en el automóvil de Bruce... Lecointe, disgustado, por el mal fin de la aventura.

**

En el "cabaret" Vibout todas las noches reuníase una extraordinaria concurrencia para presenciar la actuación de la hermosa bailarina Gaby. Numerosos clientes del "cabaret" habían querido prolongar su admiración más

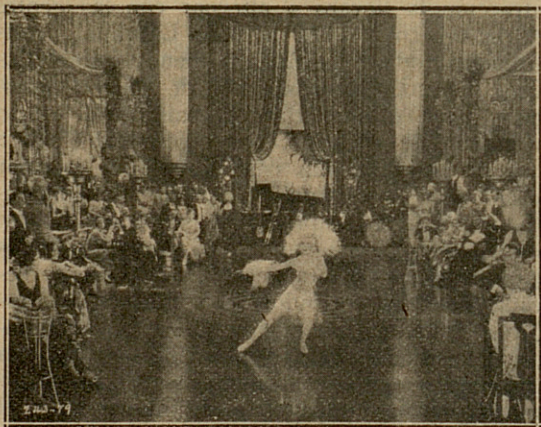
allá de los límites artísticos. Pero la bailadora, rechazaba una a una todas las ofertas, negándose a intimar con ninguno de los señoritos calaveras que frecuentaban el local.

La vida de Gaby se deslizaba de modo bien extraño. Buena en el fondo, una misteriosa atracción la llevaba a alternar con las gentes de la taberna "Chez le père Latulipe", relacionadas todas ellas más o menos con el Código. El amor la unía a uno de aquellos hombres. Era Antonio Bargey, bailarín de oficio y ladrón de vocación, por quien Gaby sentía una de esas extrañas pasiones, donde el amor y el miedo se confunden. Antonio la dominaba, imponía sus caprichos y su modo de ser, y ella, Gaby, repugnándole los procedimientos que usaba su amante, se sentía fatalmente llevada a él, perdonándole con fidelidad de esclava todos sus actos indignos. Era "su hombre", su dueño. Y los sentimientos de nobleza que alguna vez despertaban en su espíritu, se amortiguaban y apagaban de nuevo bajo el fiero impulso de su pasión.

Bruce Grover había adivinado algo de esto, descubriendo el buen fondo del alma de Gaby. E interesado por ella, la siguiente noche, acompañado de su hermana, había ido al cabaret Vibout, aguardando con impaciencia el momento en que Gaby apareciese.

Antonio, el amante de Gaby, estaba también en el salón, orgulloso de que fuese suya aquella mujer tan solicitada.

De pronto, un movimiento de sensación indicó la llegada de la admirable bailarina. Una salva de aplausos coronó la presencia de aquella hermosa mujer. Centenares de ojos envolvieron a Gaby, que sonreía, agradecida por

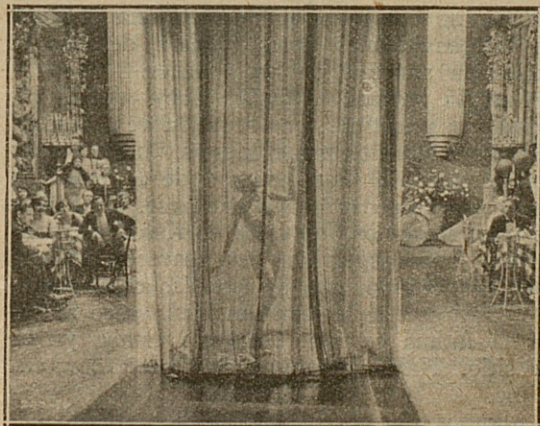


Situóse en el centro del salón, y comenzó a bailar.

el repetido homenaje. Vió a Bruce y le sonrió con cierta simpatía cordial. Parecía olvidar su enfado de la noche última.

Situóse en el centro del salón y comenzó a bailar. Del techo descendió lentamente una amplia cortina de color de rosa, en forma

circular, que rodeó a la hermosa artista, como una gasa ténue que dejaba ver todos sus movimientos. Gaby comenzó a desnudarse. Poco a poco, las finas líneas de su cuerpo se acusaban bajo el transparente que la rodeaba. Pero



...las finas líneas de su cuerpo se acusaban bajo el transparente que la rodeaba.

a medida que se despojaba de sus ropas, nuevos velos iban cayendo sobre los anteriores, haciendo más tupida y densa la sedosa cortina.

El espectáculo duró sólo un momento. La cortina volvió a levantarse y con igual rapi-

dez fueron aclarándose los velos hasta dejar de nuevo a Gaby sin ningún obstáculo, y vistiéndolo un traje magnífico. Comenzó a danzar con toda la gracia y el picaresco ardor que la habían hecho célebre.

Bruce admiró complacido el arte de la muchacha, no comprendiendo cómo una criatura de tan envidiables dotes viviera después la existencia anormal de los apaches.

Cuando terminó el baile, Gaby quedó inmóvil y las cortinas, por segunda vez, descendieron lentamente, superpuestas, hasta tapar por completo el lindo cuerpo de la bailarina que había comenzado a desnudarse. Y al cabo de unos segundos, los velos volvieron a levantarse. Todos esperaban ver aparecer a Gaby con otro vestido, una de aquellas combinaciones exóticas que le iban tan bien; pero al subir la última cortina, Gaby no estaba ya en su sitio. Había desaparecido, como por ensalmo.

Algunos jóvenes inconsolables corrieron hacia el lugar donde pocos momentos antes Gaby había danzado, pretendiendo adivinar la trampa por donde ella había desaparecido; pero todo inútil: el pavimento estaba intacto. ¡Tenía cosas tan extrañas aquella bailarina!... Ahora, hasta el siguiente día no podrían contemplar de nuevo los bailes armoniosos y la admirable combinación de cortinas que les permitía ver — aunque bajo la gasa rosa — los tesoros de aquel cuerpo arrogante.

Había terminado ya el espectáculo, e iba a comenzar el baile general, en que todos los concurrentes tomaban parte.

Gaby entró por segunda vez en el salón, dirigiéndose al sitio donde estaba Antonio. Este aparecía disgustado.

—¡Oye, Gaby! ¿Quién es ése al que le dirigiste una sonrisa esta noche al entrar aquí?

—¿Una sonrisa? ¡Ah! — dijo, mirando la mesita lejana en la que se hallaba Bruce—. Es un norteamericano que se ha propuesto hacerme variar de vida. ¿Qué harías tú, si eso sucediera, Antonio?...

—¡Obligarte a que volvieras conmigo! ¿Te enteras?... Pero ya sé que esto no pasará.

Bruce fijaba los ojos en la hermosa bailarina. Llamando al dueño del establecimiento, le dijo:

—Vibout, deseo bailar con la señorita Gaby.

—Ella no baila con nadie, señor. Pero yo le indicaré su deseo...

Vibout acercóse a la mesa de Gaby y le dijo:

—Gaby, un caballero quiere bailar con usted.

Los ojos de la danzarina brillaron, agrandados por la ira.

—¡Usted no me paga para que yo baile con los parroquianos, Vibout!

—Es verdad, pero se trata de un caso excepcional, Gaby. Yo conozco bien a ese caba-

llero: el señor Grover es un millonario norteamericano.

La muchacha fijó los ojos en el lugar indicado por el empresario y reconoció a Bruce.

—Es el hombre de quien te acabo de hablar — dijo al oído de su compañero.

El anuncio de que se trataba de un millonario, hizo que Antonio le mirase con atención. ¡Tal vez podría sacarse buen partido de este hombre!

—Bueno, Vibout. Traiga usted a su millonario — dijo Gaby.

Momentos después, Bruce, radiante de dicha, acercóse a la bailadora. Inclínándose respetuoso, la suplicó:

—¿Tendría usted la bondad de bailar conmigo, señorita?

—Sí — contestó ella, sonriente—. Pero es que no puedo dejar solo al señor.

Bruce contempló a Antonio, que le miraba fijamente.

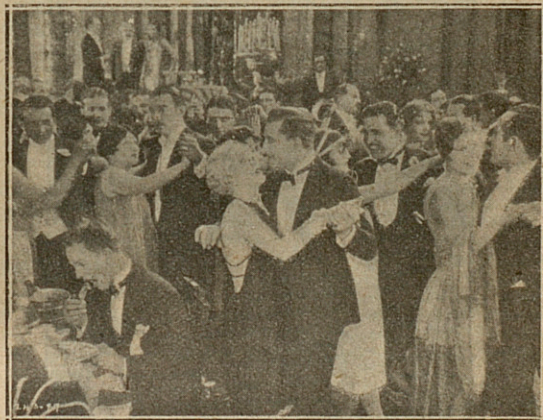
—El señor no tendrá, tal vez, inconveniente en bailar con mi hermana...

—¡Oh! — dijo el compañero de Gaby iniciando una torpe sonrisa—. Muy honrado con ello...

Y Bruce salió en busca de su hermana, presentándola a Antonio para que bailase con él. Y el americano, orgulloso de poder convivir unos instantes con la linda criatura que le embrujaba, bailó con Gaby una danza de lán-

guidas notas, muy apropiada al alma sentimental del criminalista.

El prefecto Lecointe sabía llegar siempre en el momento oportuno. Entraba en el "cabaret" en el instante en que su amigo se dispo-



...bailó con Gaby una danza de lánguidas notas...

nía a bailar con Gaby. La compañía de la peligrosa criatura y de Antonio, que constituía también una de las constantes preocupaciones de Lecointe, le puso en guardia. ¿Iba a tramar algo aquella gentuza?

Cuando terminó el baile, Bruce acompañó

a su puesto a Gaby, retirándose después de una reverente cortesía. Llegó Antonio con una sonrisa de triunfo.



—No perdí el tiempo mientras bailaba, Gaby.

—No perdí el tiempo mientras bailaba, Gaby — dijo riendo.

Y mostró una pulsera de brillantes, hermosa joya que centelleaba con maravilloso resplandor.

—Pero... ¿qué has hecho? — protestó ella, pálida de indignación.

—Nada... ¡trabajar!... Mientras la hermana de este millonario bailaba conmigo, le he quitado muy tranquilamente su brazalete... Debía cobrarle el baile, ¡caramba!

—¿Qué ocurrencia, Antonio! ¡Comprometerse por una miserable pulsera cuando hay millones en perspectiva!... ¿No sabes que él compró y tiene en su poder el famoso collar de la Zarina?

—¿Es posible?...

—Acaba de contármelo. Y acuérdate, Antonio: me prometiste que apenas pudieras dar un buen golpe, nos retiráramos a vivir tranquilos; no se nos presentará otra ocasión como ésta.

—Tienes razón, chiquilla. Pero eso no implica que nos quedemos con el regalito...

—No, no; hay que devolver esa pulsera, sea como sea. No debemos inspirar sospechas.

Y mientras seguían discutiendo sobre el mejor modo de devolver lo robado, la hermana de Bruce se daba cuenta de la desaparición de su valiosa joya. Lecoine, que había ido a saludarles, sonrió ante la misteriosa pérdida. Era una coincidencia muy significativa la presencia de Antonio y Gaby, y la desaparición del brazalete. Pero esta vez les tenía a buen recaudo.

—Creo que sé dónde encontrar su pulsera — dijo.

Y corrió hacia la mesa donde discutían Gaby y su amante. La danzarina, al ver acercarse al prefecto, no experimentó la menor turbación; cogiendo el brazaletes lo echó dentro de una botella de champaña. ¡Ahora, que lo buscase!

—Vamos a ver — dijo el policía con cara de pocos amigos—. Torpe anduvo usted esta vez, Antonio; déme esa pulsera.

—Está usted equivocado... ¡No sé de qué me habla! — respondió el ladrón.

Gaby miraba a Lecointe con ojos de burla. ¡Estúpido!

—¡Oh! no pretenda disimular... Voy a cachearle...

Como la mesita donde se hallaban estaba colocada en una especie de reservado, libre de miradas indiscretas, el policía pudo registrarle sin llamar la atención. La operación resultó infructuosa. En vano tanteó por todos sus bolsillos; no apareció la joya.

—¿Qué ha hecho usted del brazaletes? — gritaba, enfurecido.

—No tengo nada... se lo aseguro... Busque usted, si no se convence...

El prefecto tuvo sus dudas... Quizás sufriría un error esta vez. Pero en los ojos de Gaby leía tal malicia burlona, que sólo vaciló un momento. ¡Miserables! ¡Y no poderles detener!... Iba ya a retirarse, cuando oyó la voz de Gaby, que remarcaba:

—¿Por qué no me registra a mí también, señor Lecointe?

—No estaría bien, señorita — contestó—; pero sí le advertiré que, al fin, y acaso más pronto de lo que usted supone, caerá usted en nuestras manos.

Y salió relampagueando de ira.

—Voy a darle una lección a ese estúpido de Lecointe — dijo Gaby; y apoderándose otra vez de la pulsera se encaminó hacia la mesita de Bruce.

El prefecto explicaba, entretanto, a sus amigos norteamericanos:

—No he encontrado aún la joya, pero tengo una pista indudable... No me puede fallar.

—Haga usted lo posible por hallarla, Lecointe — dijo la hermana de Bruce—. Era una joya valiosa... recuerdo de familia.

—Prestaré toda mi atención a ese asunto...

Gaby llegó a la mesa. Bruce la miró cautivado...

—¡Me hace usted tan feliz viniendo aquí! — exclamó.

Lecointe la miraba con soberbia. ¿Cómo se atrevía a tanto?

—¡Ay, señorita! — comentó la hermana de Bruce—. Estamos pasando un verdadero disgusto. He perdido un valioso brazaletes...

Gaby, con serenidad, respondió:

—¡Oh! el señor Lecointe lo hallará probablemente. Tiene un admirable golpe de vista... Lo sé por experiencia...

Y reía con una risa provocativa que hacía estremecer sus hombros de fina redondez.

La conversación se generalizó. Lecointe hablaba con la norteamericana, y Bruce no podía apartar los ojos de Gaby.



Bruce la miró, cautivado...

—¿Podré tener el gusto de verla a usted de nuevo? — le preguntó.

—¿Por qué no?... Estoy aquí todas las noches desde las nueve hasta las cuatro.

—¿Y después de las cuatro? — agregó él, malicioso.

—A desayunar en el Café "Chez le père Latulipe", y en seguida a dormir...

—¡Ay! si yo pudiera ser amigo de usted... Creo que nos avendríamos — murmuró.

—Pruébalo...

Gaby, aprovechando un momento de distracción, echó la pulsera de brillantes que tenía entre manos al fondo de una botella de champaña. Rogó después que le pusieran vino, y levantando la fina copa exclamó, contemplando a Lecointe:

—Brindemos, señor Lecointe, por que aparezca pronto la pulsera perdida.

El prefecto, rabioso por la burla, se vió en la necesidad de disimular y se dispuso a brindar. Pero como su copa estaba vacía, Gaby le acercó la botella, escanciando el oro del champaña. Y de pronto, con el fino chorro de vino cayó la pulsera en la copa del prefecto.

—¡La pulsera perdida! — exclamó, aparentando sorpresa, Gaby—. ¡No hay que dudar! — el señor Lecointe es un genio!...

—¿Cómo ha podido caer aquí? — dijo la hermana de Bruce—. Parece cosa de magia... ¡Tanto como hemos buscado!...

Lecointe no salía de su asombro. Adivinaba en todo ello la mano de Gaby, pero tan hábil, tan diestramente manejada, que era imposible dar con ella.

Bruce, en tanto, seguía conversando en voz baja con Gaby, que cada vez le inspiraba mayor confianza.

Rayaba casi el alba, cuando terminó la agradable reunión. Bruce acompañó a su hermana

al hotel, y después, con Lecointe, se dirigió a la taberna donde Gaby iba a desayunar.

El establecimiento se hallaba concurrido. Los dos amigos ocuparon una mesita, esperando la llegada de Gaby... Pero el policía, preocupado por el interés que demostraba Bruce por la bailadora, le advertía severamente:

—Tenga usted mucho cuidado con esa Gaby. Bajo su aparente bondad, esconde instintos de fiera... ¡No se deje dominar por ella!

—¡Descuide, Lecointe! No la creo tan mala como la pintan; y en todo caso, me interesa la muchacha y quiero conocerla antes de juzgarla.

—Yo la juzgué hace tiempo...

—Permítame que insista en mi deseo... De-seo tratar a esa mujer...

Entretanto, Gaby, con Antonio, había ido a su casa para cambiarse de ropa, antes de dirigirse al café.

Como tardara mucho, Antonio daba muestras de viva impaciencia.

—¡Date prisa, Gaby, que tengo hambre!...

—¡Tú no piensas más que en comer! —gritó ella—. Si no fuese porque yo me preocupo por el día de mañana...

—¿Qué quieres decir con éso?... ¡A ver! ¡expícate!...

—Nada... que estoy cansada de la vida que llevas, de tu profesión, de que siempre la po-

lucía sospeche de nosotros... Eso ha de terminarse... ¡ea!...

—¿Y cómo? —dijo, cínico, el hombre—. ¡Dime!... ¿A qué quieres que me dedique?

—¡Tú dirás!... a ser una persona honrada...

—¡Bah!... ¡bah!... estás hoy bien... Todo eso serán tonterías del estúpido norteamericano ése... Y oye... ¿no habíamos quedado en que tú me ayudarías para robar el collar de la Zarina?...

—Lo haré, con tal de proporcionarte los medios para que puedas ser hombre honrado, y me convertiré en ladrona por esta vez...

Se veía reflejado el sufrimiento en sus ojos. Ella hubiera querido para el hombre que era su amante, una vida de honradez y de trabajo, no aquel continuo agitarse en el torbellino del vicio... Estaba ahora decidida. Por única vez, ella colaboraría en el robo del collar para que pudieran los dos, con su producto, abandonar París y vivir bien en un apartado rincón donde nadie les conociese. No reparaba, en la tosca estructura de su alma, en la inmoralidad de los medios que iba a usar para lograr el útil fin; sólo veía en lontananza la visión de una existencia de tranquilidad.

—No creas que me guste mucho que tú intervengas en ese negocio —dijo Antonio—. Porque ¿quién me asegura que él no ha de comprarte a ti, como compró el collar?

—Conque, ¿esa es la opinión que tienes de mí? —protestó ella.

—Coqueteas demasiado, niña...

—¡Habrás visto! ¡Atreverse a dudar de una mujer como yo a quien tanto debías agradecer!...

—¡Caray! ¡Hoy te ha picado un mal mosquito!...

—¡Hemos concluido!... Vete por tu camino, que yo seguiré por el mío; y robaré ese collar, pero para mí...

La suposición que había hecho Antonio ofendió gravemente a Gaby. Vió retratado en el fondo de su amante todos sus instintos malévolos, de desconfianza, sin otra norma que el interés. Y sintió un asco infinito por él.

Pero Antonio se salió de casillas. La posibilidad de que ella le abandonase y robase el collar sin hacerle partícipe de sus beneficios, le excitó tan brutalmente que cogiendo un arma hizo ademán de clavársela al corazón de Gaby, mientras le decía, rabioso:

—¡No trates de jugar conmigo, porque os mataré a los dos!

Algo pasó por el cerebro de Gaby; vió a Bruce con su sonrisa agradable, y comparó la dulce cortesía de sus palabras con la brutalidad de Antonio. Pero con el miedo, con el poder de dominación y de fascinación que ejercía sobre ella, le abrazó, exclamando con voz temblorosa:

—No te pongas así, Antonio. ¡Tú bien sabes que yo te adoro!... ¡te adoro!...

—¿No mientes?... Mira que estoy acostum-

brado a conocerte muy a fondo, a leer en tu vida... ¿No me engañas?...

—¡Vamos, dueño mío! —dijo con una zalamería que recordaba la de las mujeres de



—No trates de jugar conmigo, porque os mataré a los dos.

los apaches... ¡Dame un beso, mi niño!...

Y él la levantó entre sus brazos férreos, y sus bocas se besaron, fundiéndose en un doble

suspiro. Y sus ojos se cerraron por un momento a la embriaguez de la pasión.

—Ahora, escúchame — dijo ella, unos instantes después—. Bruce ya me ha invitado a que baile en su casa; puedo manejarlo a su antojo...

—Si lográramos apoderarnos del collar...

—¿Y por qué no?... Pero será preciso que tú tengas un poco de prudencia; de lo contrario, lo echarás a perder todo...

—La tendré...

—Y ahora... vamos a la taberna... Pronto vá a salir el sol...

Momentos después llegaban a ella. La llegada de Gaby fué saludada por el entusiasmo de todas aquellas gentes de rompe y rasga, mudos adoradores de la bailarina. Algunos se acercaron para besar sus manos.

Bruce salió a su encuentro.

—¿Qué sorpresa! — dijo ella, admirada...

—¿La esperaba a usted!... Estoy aquí con mi amigo Lecointe... ¿Quiere usted venir a mi mesa?

—Pero es que voy con Antonio...

—¿Y qué importa?... Que venga él también...

Y se sentaron todos alrededor de una de las mesitas. Bruce prodigaba a Gaby las atenciones que sólo puede dar un corazón enamorado. Lecointe, silencioso, se preguntaba cómo acabaría aquella extraña amistad. Y Antonio, rabioso de celos, a pesar de todo, no podía

ocultar el hondo disgusto de que estaba poseído.

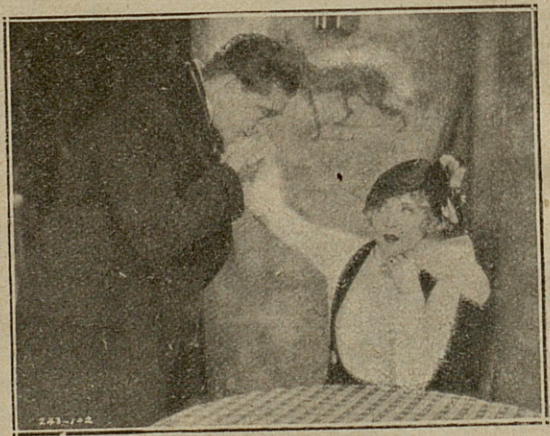
El piano de la taberna iba desgranando sus desafinados acordes. Muchas parejas bailaban estrechamente enlazadas, con los movimientos



Algunos se acercaron para besar sus manos. absurdos de los tangos apaches. La luz del nuevo día se confundía ya con la de las lámparas empolvadas del establecimiento. Algunos asiduos clientes se habían dormido sobre las mesas, descansando de su pertinaz embriaguez. Una atmósfera densísima que podía cortarse con un cuchillo flotaba como espeso velo, en el café.

Bruce escribió bajo la mesa un papelito y lo entregó a Gaby. La bailarina, desdoblándolo, leyó:

¿Quiere usted que salgamos mañana a dar un paseo?



—La esperaba a usted... *¿Quiere usted venir a mi mesa?*

—¡Encantada! — contestó de viva voz la muchacha; y acarició a Bruce con unas fascinadoras y eléctricas miradas, capaces de hacer saltar chispas al más duro corazón.

Antonio, que presenciaba todos esos movimientos, tenía que realizar esfuerzos para con-

tenerse y no echarlo todo a rodar. Un pisotón de ella le obligó a contenerse. ¡Imbécil! ¿No sabía que todo aquello era comedia? ¿No se acordaba del collar?

Y al separarse, Gaby prometió a Bruce que al otro día iría con él... El norteamericano creía vivir un sueño. Y reía de las prevenciones de Lecointe que no cesaba de aconsejarle la inmediata ruptura con la bailarina. ¡No! ¡no! ¡de ninguna manera! ¡Gaby era tan deliciosa!

*
**

Al siguiente día, Gaby y Bruce salieron juntos en automóvil... Y comenzó a establecerse una amistad íntima entre los dos...

Día tras día, Gaby pasaba las tardes paseando con Bruce, y las noches bailando con él.

El norteamericano iba cayendo poco a poco, seducido por los infinitos encantos de ella. Gaby era su obsesión, su vida, lo que ya no podría olvidar mientras latiera su corazón. Las gracias, la belleza, la sonrisa de aquella criatura le enloquecían.

Gaby se decía que las cosas iban mejor de lo que nunca pudo figurarse. Aquel norteamericano se adaptaba a todos sus caprichos y deseos. Ella comprendió la influencia, la dominación que su belleza ejercía en el crimi-

nalista, y su gloria de mujer palpitaba con el triunfo.

¡Pobre Bruce! ¡Era bien triste tenerle que traicionar de aquella manera, apoderándose cualquier día del collar! Pero, ¡qué remedio! ¡Lo necesitaba para que Antonio pudiera abandonar el ambiente que le rodeaba. Mas, en el fondo de su alma, Gaby se confesaba que nunca Antonio sabría decir tan bellas, admirables y halagadoras palabras como aquel hombre de lejanas tierras. ¡Era tan "chic", tan espiritual en todo!...

Hacían con frecuencia excursiones por los alrededores de París. Una tarde, se detuvieron ante un fonducho, sentándose a una de las mesas de la terraza.

Cerca estaba el campo, y el aire olía a trigo recién segado. El ambiente perfumado hacía pensar en el amor. Tal vez comprendiéndolo así, el dueño del mesón, un parisense listo como una ardilla, se acercó para decirles con una sonrisa maliciosa:

—¿Desean los señores una habitación para los dos?

Gaby, rápida, se apresuró a responder:

—¡No!

El hombre se excusó como pudo. ¡Por aquella vez se había equivocado! ¡Y qué guapa era la señora!

—¡El muy estúpido creyó que éramos marido y mujer! — explicó a Gaby su acompañante.

Bruce rió la aventura. No pensaba mal el dueño, ¡diablo! Pero, noble, con aquella corrección que tenían todos sus actos, no volvió a aludir a ello. Hablaban de otras cosas, y ella escuchaba, emocionada, la profundidad de conceptos de su nuevo amigo.

Alguien tiró una pelota a la joven. Eran unos chiquillos a los que Gaby, repentinamente niña, les devolvió el redondo juguete, y comenzó a correr, aturdida, como si volviera de nuevo a la infancia.

Corriendo tras los niños, llegó a una casa de campo, subiendo por una escalerita al pajar, y dejándose caer en él, con una inconsciencia infantil. Allí se desplomó sobre enormes gavillas de paja, ocasionando un susto mayúsculo a un buen campesino supersticioso que huyó despavorido, creyendo que aparecía el propio diablo en persona.

Bruce fué en su busca, alarmado. ¿Qué le ocurría a Gaby? ¿A qué aquellos transportes de chiquilla ingenua?... Llegó a la casa de campo, cuando ella salía, muy ufana y dichosa, del pajar.

—Buen susto me ha dado usted, Gaby — le dijo riendo—. ¡Parece mentira que cambie tanto sólo con haberla alejado de Montmartre!...

Gaby le miró, queriendo penetrarle hasta el fondo del alma.

—Tal vez no se deba el cambio a eso, sino a usted — dijo, seriamente.

—Gaby, ¿por qué habla usted así? — exclamó el yanqui, turbado.

—¿Qué sé yo! He dicho una tontería, ¿verdad? Pero es que cuando hablo con usted,



...llegó a una casa de campo, subiendo por una escalerilla al pajar...

me parece que olvido quien soy, para pensar en la niñita que era hace algunos años.

—¡Gaby! ¡Bendita la niña que hay en usted tan adorable!

¡Admirable criatura! Bruce sentíase orgulloso de su enamorada. La bailarina iba moldeándose a las buenas palabras de él. Sentía el mismo orgullo del escultor al animar su obra con los destellos del genio. ¡Aquel cambio se debía a su constancia!

Se despidieron al anochecer hasta el día siguiente. A Bruce, las horas que permanecía alejado de Gaby le parecían siglos. ¡Estaba enamorado tan profundamente de ella!

Antonio no encontraba aceptable esta cordialidad. Hubiera querido que Gaby tuviera ya en su poder el collar, para alejarla del millonario. Era un hombre peligroso, ¡demonio! Conienzaba a sentirse agitado por el aguijón de los celos...

Gaby, insensiblemente, iba acercándose cada vez más a Bruce. Y esta simpatía contrastaba con cierto inevitable desdén, cierta frialdad que experimentaba ante su amante.

La misma tarde, Antonio estuvo en casa de Gaby, encontrando, como ya era costumbre, la jaula vacía. Husmeó celoso por todos los rincones, alcanzando su vista un papel que leyó nerviosamente:

Iré a buscarla a mediodía. Bruce.

Lo estrujó con rabia. ¡Aquello debía terminar! Vió después un ramo de flores con una tarjeta de él, y sintió nuevos y ardien-

tes pinchazos de celos. No, no; se imponía acabar pronto con la peligrosa aventura.

Unos días después, Bruce y su hermana, invitaban a sus amistades a una gran fiesta que iba a celebrarse en su palacio. El programa rezaba así:

Bruce Grover recibirá el próximo martes, día seis, de ocho a once de la noche, en su casa de la Avenida del Bosque de Bolonia.

La señorita Gaby Varese ejecutará:

- a) *La Danza del Apache.*
- b) *Baile Español.*

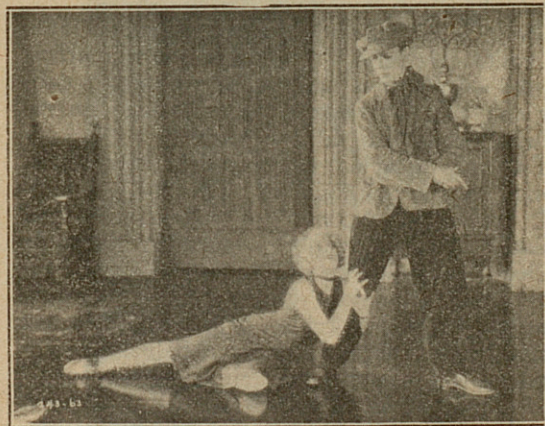
En los lujosos salones del millonario se había congregado lo más selecto de la sociedad parisiense. Gaby venía precedida de gran fama. Y las elegantes damas que no se habían atrevido a ir al cabaret para verla bailar, ahora verían satisfechos sus deseos de contemplar de cerca a la famosa bailarina.

El baile apache lo danzaría Gaby con otro bailarín de profesión, un individuo que era rey del tango en las tabernas. En el baile español, Antonio sería la pareja de Gaby.

Gaby, vestida como la más auténtica y rígorosa de las mujeres apaches, de las hembras de noche de los bajos fondos de París, comenzó ante la expectación general el baile al estilo de su casta. Su compañero era un hombre hábil, de una ligereza y destreza incom-

parables, que manejaba a su pareja, entre sus nervudos brazos, con una rapidez de vértigo.

Las respetables damas de la alta sociedad no podían ocultar su asombro. Gaby y su amigo danzaban al compás de una música que-



Era un baile terrible que evocaba las angustias de la pasión...

jumbrosa que hablaba del amor mezclado con el crimen. Era un baile terrible que evocaba las angustias de la pasión, violenta y al desnudo, como la de los salvajes.

Aquella danza era un rito de amor con la brutalidad de todos los instintos. Pareció fi-

nalmente que Gaby, la bailadora, caía desfallecida en los brazos de su hombre, y vino a desplomarse como muerta a los pies del bailar.

Una salva de aplausos coronó su actuación. Los invitados comentaban aquel soberbio espectáculo.

Pero la danza no estaba terminada aún. El bailarín levantó a Gaby que ahora aparecía rígida, dura, como muerta, y comenzó a danzar con ella una danza macabra, como un espeluznante cuadro de aquelarre.

La contemplación de la pareja estremecía. Gaby, inmóvil, automática, de modo maquinal, era empujada por los movimientos del bailarín. Era un hombre vigoroso y lleno de pasión, danzando con una muerta. Causaba terror aquel armonioso girar entre el hombre, sonriente y estremecido por la embriaguez carnal, y una hermosa criatura pálida que representaba a las mil maravillas el ser inanimado, el cuerpo blanco y frío del que huyó la misteriosa esencia del vivir.

Una Baronesa temblaba acurrucada en su sillón:

—¡Esto es fantástico... espantoso... parece cosa del otro mundo!

Y por fin terminó el baile apache, al que sólo faltaba, para tener la bárbara realidad de su espíritu, la taberna junto al Sena, la atmósfera letal del subterráneo que ocultara las miserias y los delitos de los hombres.

Gaby recibió innumerables felicitaciones. Aquella mujer que tan sinceramente representaba la muerte, estaba radiante de vida y



Apareció vestida de andaluza...

juventud. Sus labios rojos al abrirse exhalaban una oleada de luz. Sus ojos azules brillaban claros y reidores. ¡Era un encanto de muñeca!

Corrió a mudarse de traje. Apareció poco

después, vestida de andaluza, con una blanca mantilla sobre la clásica peineta meridional.

—¿Le agrado así? — dijo, riendo, a Bruce.

—Muchísimo, más de lo que usted se imagina... ¿Quiere que demos un paseo por el jardín?... Todavía no vamos a comenzar.

—Como usted quiera...

Salieron al jardín de la finca, poblado de mil flores invisibles, que enviaban como un homenaje simpático la esencia de su corazón. Sentáronse en uno de los bancos, cerca de un surtidor que iba desgranando las musicales notas del agua.

Bruce contempló fijamente a su amiga con ojos fosforescentes de amor.

—¡Gaby! — suspiró—. ¡Yo la amo a usted!

Ella buscó su mirada en la obscuridad, sorprendiéndole esa declaración del millonario.

—¿Después de todo lo que Lecointe le ha dicho de mí? — contestó, riendo—. ¡Muy valiente es usted!

—No he creído una sola palabra de ello. Cuando la vi por primera vez, me dije que no era usted lo que parecía. Después he visto confirmada mi idea... Usted es una gran mujer... Gaby... una gran mujer... y si yo me atreviera...

—Hable... — exclamó, turbada.

—Usted puede hacerme el hombre más dichoso del mundo, **Gaby, si...**

Adivinó la bailarina lo que él iba a decir,

y le interrumpió, temblando de felicidad y de sorpresa...

—¿Si qué?

—¡Si se casa conmigo!

—¿Casarme con usted? Yo... ¡Conmigo! ¡No es posible!

La sombra impedía ver las transformaciones que experimentaba su rostro. La nobleza y simpatía de aquel pobre hombre la conmovían profundamente. Bruce no era como otros que la joven había conocido. No quería únicamente satisfacer sobre ella todas las pasiones del instinto; la ofrecía el regalo espiritual y bello del matrimonio. ¡Infeliz!... ¡En qué buen concepto la tenía!

¡Si él pudiera adivinar que tras la clara y mentirosa sonrisa de la joven vibraba la careta perversa de una indigna combinación!

Gaby sonrió tristemente. ¡Si ella pudiera aceptar aquella boda como algo definitivo para su vida! ¡Pero estaba Antonio, estaban su pasado, sus compromisos, la ligazón extenuante con gentes que no olvidan nunca! ¡Imposible!...

—Sí, Gaby... No la sorprenda a usted... Recuerde que yo la amo por lo que usted es en realidad, Gaby.

—No lo olvidaré — respondió ella en voz baja.

En aquel instante presentóse Antonio, que al ver juntos a Bruce y Gaby tuvo que contener su cólera.

—¿Bailamos, sí o no? — exclamó con acento silbante.

—Sí... sí... ahora mismo.

—Pues vamos... Hemos perdido ya bastante tiempo inútil.

—¡Oh! Gaby tenía necesidad de descanso — dijo Bruce.

—Ya descansará en su casa, señor...

Y le lanzó una mirada en que había palcadas de desprecio.

Volvió Gaby al salón y la danza española hizo olvidar pronto la macabra exhibición anterior. Las notas alegres de las castañuelas llenaron de luz y optimismo a todos, y Gaby obtuvo todavía un éxito más delirante.

Aquella noche regresó Gaby a su casa visiblemente preocupada. La proposición de matrimonio que Bruce le había hecho, la obligaba a tomar rápidas determinaciones. ¡La aventura se acercaba al fin!

**

Unas semanas después, los periódicos de París, en sus ecos de sociedad llevaron la siguiente noticia que fué objeto de grandes comentarios:

Un noviazgo que llama la atención.

Bruce Grover, millonario de Chicago, se ca-

sará en breve con una célebre bailarina de "cabaret". El matrimonio se efectuará próximamente.

Gaby había combinado este plan para robar el collar de la Zarina. Una vez ella fuese la esposa del millonario, le pediría la magnífica y solicitada joya, y Bruce no iba a negársela. Y en su poder este tesoro imperial, huiría con Antonio, alejándose para siempre de Francia, dispuestos a vivir una existencia diferente. ¡Oh! ¡Hay que confesarlo! Ella sentía cierta repugnancia al hacer aquello; pero las circunstancias le obligaban, con su imperativo durísimo, a realizar la mala acción.

Sin embargo, Antonio hubiera preferido obrar con mayor rapidez. No podía resistir la idea de que Gaby fuese de otro hombre, aunque sólo de un modo aparente.

—¿Por qué esperar el día de la boda para dar cima a nuestra combinación?... Haz que te dé el collar ahora ya...

—¡Eres un tonto, Antonio! Eso podría infundirle sospechas y hasta ahuyentarlo.

—Me temo que ese imbécil nos cazará a nosotros.

—No tengas miedo. Hagamos todo tal como yo lo he planeado; sé lo que he prometido y lo cumpliré hasta el pie del altar.

—Tengo confianza en tu misión, pero no me engañes...

—Descuida, hombre. Déjame hacer. Lo úni-

co que te corresponde a ti es preparar la fuga, que por cierto será algo muy nuevo, porque yo la haré en traje de novia.

—Vales mucho, Gaby... Dime, ¿me quieres de veras? ¿No te interesa ese maldito americano?

Una sombra de preocupación pasó por la frente de Gaby. Vió en un momento la visión de su porvenir con dos caminos diferentes. El uno le conducía a ser la esposa de Bruce, la compañera de aquel hombre que — era verdad — había creído en ella y se había portado tan noblemente. Y el otro camino significaba continuar junto a Antonio, huyendo tal vez de la justicia, llevando sobre su corazón el peso de su delito. Pero el ensueño se desvaneció rápidamente. Un sentimiento mezcla de temor y amor le encadenaba para siempre a Antonio. Le quería a su manera, y como él le había prometido que ese sería el último golpe, ella se aprestaría tranquila a su realización, esperando que en lo sucesivo su modo de vivir sería diferente.

Y respondió a Antonio, mientras le abrazaba riendo, después de desechar sus últimas preocupaciones:

—Si no te quisiera tanto, ¿haría lo que voy a hacer?... Y ahora, adiós; me marchó con mi millonario...

—Adiós, chiquilla... ¡salero! — dijo Antonio, convencido por las últimas caricias de la muchacha.

Y cuando ella salió, el apache, experimentando una satisfacción orgullosa, se dijo con cierta coquetería varonil:

—¡Unos diamantes que valen la friolera de cinco millones de francos! ¡Listo tengo que ser para haber conseguido que una mujer haga tanto por mí!

La noticia del próximo casamiento de Bruce llegó, por medio del periódico, al prefecto Lecointe.

—¡Esa maldita mujer le ha hipnotizado! — dijo a su secretario de oficina.

—¿Y cómo una mujer así se casa con su amigo?

—A mí no me engañan, querido... Tienen un plan estupendo que les fallará. Por confidencias me he enterado de que pretenden apoderarse del collar de la Zarina. Antonio se ha ido de la lengua y en la taberna ha soltado, bajo el influjo del vino, algo más de lo que le convenía...

—¿Y Bruce sabe algo?

—Todo. Yo le he puesto en antecedentes con ánimo de que no fuera a esa boda monstruosa; pero nada: él no atiende a razones.

—El amor...

—¡El amor o la tontería!... ¡Bruce se está portando como un perfecto estúpido!... Pero ya que él ha perdido la cabeza, yo vigilaré, hasta deshacer la intriga.

Lecointe se tomaba un trabajo inútil. Bruce no creía nada, cegado por el cariño que le

inspiraba Gaby. Cuando oyó la historia del collar, se sonrió y dijo a Lecointe:

—Le agradezco su interés. Pero sé defenderme solo... solo... Y además... no creo una sola palabra.

—Peor para usted.

Y Lecointe se marchó, enfurecido. ¿Es que iban a derrotarle para siempre?

*
**

Llegó finalmente el día de la boda. La ceremonia iba a efectuarse en la capilla privada del palacio. Gaby, vestida de blanco estaba sencillamente divina. Por fuera aparecía radiante de felicidad, con la dulce y hermosa nerviosidad de las novias. Pero interiormente, su alma estaba conmovida y agitada. Había llegado el gran momento. Unas horas después se descubriría todo... la perseguirían... tal vez la alcanzasen. ¡Qué horror!... Y aquella sociedad que ahora la iba a tratar de igual a igual, la rechazaría de su seno, condenándola con la indignación de la burla. ¡Y aquel Bruce, tan enamorado, sufriría un desengaño atroz. ¡Bah! ¡no había otro remedio!

Acababan de vestirla. Las camareras arreglaban los últimos detalles de su blanco traje, de su velo de novia, de su gran ramo de azahar... Era hermosa, con la hermosura de los

frutos en el momento de la sazón. El sol doraba su áurea cabellera, como un penacho de oro.

—Dicen que es de buen agüero que le dé el sol a la novia, señorita — explicó una de las mujeres.

—¡Quién sabe! — respondió Gaby, emocionada.

La hermana de Bruce apareció en el tocador, lanzando una exclamación de júbilo al contemplar la maravillosa belleza de la novia.

—¡Está usted preciosa, Gaby! ¡Cuánto deseo que sean ustedes felices!

—Gracias...

Bruce, vestido de frac, pálido y tranquilo, entró en la habitación. Su hermana y las camareras se retiraron.

El la contempló en silencio, saboreando cada una de las perfecciones de aquella escultura animada.

—Gaby — le dijo, levantando la tapa de un estuche—. He ahí el collar que perteneció a la Zarina... Te lo doy con todo mi amor...

—¡Oh! ¿Qué haces?

Y sin poder contestar, muda de emoción, contempló aquella joya maravillosa por la que tanto luchaba. Había dos hilos de enormes brillantes que resplandecían como verdaderos reflejos del sol. ¡Una cosa tentadora, divina!

—No lo merezco... — exclamó, sintiendo en su corazón una voz implacable de protesta.

—Ninguna más digna de ser amada que tú — repuso Bruce, mientras ajustaba al cuello de su novia el soberbio collar. Luego la besó en silencio, apasionado y correcto.

En el alma de Gaby parecía estallar el sufrimiento. ¡Era él, el propio Bruce, quien ponía en su poder aquella joya! ¡El, tan noble, tan atento, tan bueno con ella! El, que arrancándola del ambiente del vicio la llevaba por los amplios caminos de la regeneración y de la verdadera vida!

Sintió deseos de arrancarse el collar, de devolvérselo a Bruce y pedirle perdón y acusarse como la más vil esclava.

—Bruce — murmuró, sintiéndose desfallecer —, yo no soy lo que tú crees; tú no sabes...

El la interrumpió con una dulce sonrisa de amor:

—Te conozco mejor de lo que piensas...

—Bruce... yo quisiera decirte...

—Más tarde, querida... Ahora has de acabar de arreglarte. Dentro de cinco minutos estarás lista, ¿verdad?

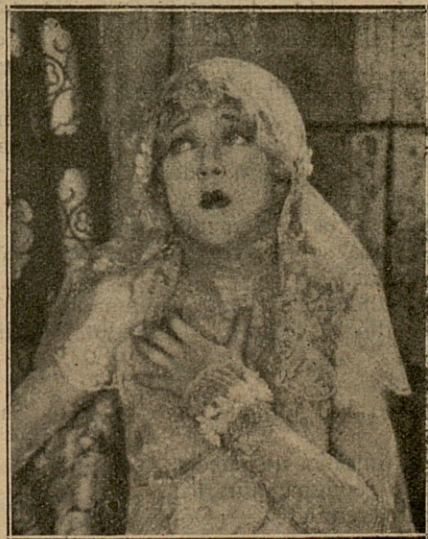
Gaby bajó la cabeza, sin fuerzas para luchar contra aquel hombre tan honrado.

—Si...

—Volveré a buscarte...

Cuando Bruce salió, Gaby, aterrada, consideró su conducta. ¡Maldito destino!... ¡Aquel hombre era tan bueno! ¿Tendría valor para traicionarle de aquel modo? Había pensado

más de una vez en lo doloroso de aquel paso; pero ahora, al verlo inminente, se horrorizaba. Le faltaban las fuerzas, se sentía débil, sin voluntad... Aquel collar que ella debía ro-



¡Aquel hombre era tan bueno!... ¿Tendría valor para traicionarle de aquel modo?

bar en seguida, parecía quemarle la piel. Y ¡qué hermoso era! Cómo parecían sonreír los brillantes, claros y bellos como reflejos de su

pureza. Y ella, en cambio... por dentro su alma estaba negra, manchada con el barro de la traición y la ingratitud... ¿Por qué se había prestado a aquella comedia? ¿Ella era demasiado buena para robar!

Antonio, vestido de "chofer" entró de repente en el tocador. Había urdido perfectamente el plan. Un automóvil esperaba cerca para llevarse el collar. Indudablemente pensaba él que Bruce entregaría aquella hermosa joya a Gaby para que la luciera durante la ceremonia nupcial, y era indispensable huir con presteza.

La policía, bajo el mando del prefecto Leconte, estaba sobre aviso para impedir el robo del collar.

Gaby palideció al llegar su amante.

—¿Te dió el collar? — preguntó él, intrigado.

—No...

—¿Cómo ha sido eso? — protestó, indignado.

—No, Antonio, no puedo... — gimió la mujer—. Me repugna quitarlo...

—Fuera remilgos... ¿Dónde está?

—Aquí... pero...

Y apartando el abanico de plumas que tenía descansando sobre el pecho, mostró a Antonio el soberano tesoro.

—¡Estupendo! — dijo el hombre con los ojos echando chispas—. En mi vida he visto

cosa igual... Y ¿por qué negabas? ¿Es que a última hora quieres engañarme?

—Antonio... te lo juro... no me atrevo a desprenderme de él...

—Déjate de estupideces. Ya no puedes verte atrás: todo está listo; un auto nos espera: vamos, vamos...

Ella retrocedió, dispuesta a luchar en la hora en que el buen fondo de su alma despertaba para censurar el delito.

—¡No, Antonio, no; todo menos eso!... Me iré contigo; haré cuanto quieras, pero el collar... ¡No, no!; Lo devolveremos a su dueño!

—¡Déjate de comedias! — rugió, indignado, el apache—. Lo que tú quieres es hacerme a un lado para casarte con él.

—¡No son comedias! — dijo la pobre criatura—. ¡El es el único hombre que ha sido bueno conmigo, que ha confiado en mí, y no haré eso!

—¡Ea! ¡loca! ¡dame el collar!

—¡No...!

—Te doy dos segundos para que decidas si has de ser razonable...

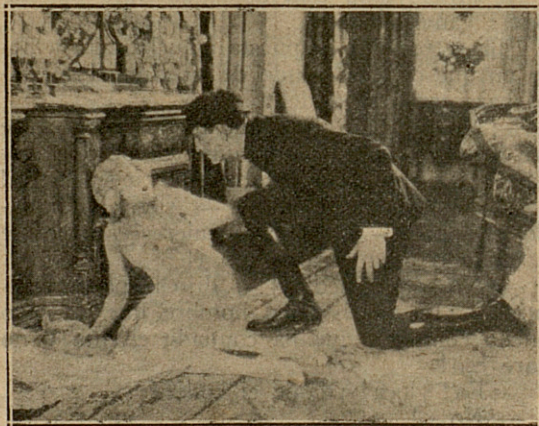
—¡No!

—¿Es que quieres jugarle la vida? Te has enamorado de él, ¿verdad? ¡Falsa! Pero conmigo no juegas...

Y clavando su manaza en el suave seno de la joven, arrancó brutalmente el hermoso collar, a pesar de la resistencia de ella.

—¡Antonio!... ¡devuélvemelo!... ¡hazlo por mí! ¡El collar, no! ¡no!

—¡No grites!... ¡Abur!—dijo él, riendo—. Y procura que Bruce, tu enamorado, no me siga si no quieres que lo mate...



—¡Ea!... ¡loca!... ¡dame el collar!...

Y haciendo un gesto amenazador, desapareció.

Ella quedó anonadada, enloquecida... El collar!, el collar!—gemía la dulce criatura, pensando en la indignación de Bruce.

¡Oh! ¡iba a pagarle de aquel modo todas sus exquisitas atenciones?... ¿Qué di-

ría al enterarse del robo?... Sentía el alma inundada de vergüenza y de dolor por la indigna traición. Antonio le parecía a sus ojos lo que era realmente: un malvado, explotador de la mujer. Y en cambio, ¡Bruce!... Por primera vez, una sospecha terrible anidó en su corazón: ¿Si estaría enamorada verdaderamente de él?... ¿Si era el amor, el verdadero amor que hasta entonces no había sentido nunca, lo que le llevaba a arrepentirse de su delito? Veía claramente que el cariño que le unía a Antonio era muy distinto: era el miedo, la necesidad de ser protegida, amparada por alguien, lo que la retenía junto a él.

Pero ahora, con ojos fríos, le parecía repugnante. ¡Malvado!

¡El collar! ¡El collar! ¿Qué diría Bruce cuando lo supiera?... Y dentro de un momento estaría aquí para ir a la capilla.

Minutos después, Bruce entraba de nuevo. Iba a comenzar la ceremonia.

—Ha llegado el momento, Gaby...

La joven intentó disimular, ocultándose el pecho bajo el gran abanico de plumas.

—¡Vamos! —dijo con voz agonizante.

El la dió el brazo, y murmuró al oído de Gaby:

—¡Qué feliz soy!

Poco después, en la capilla se efectuaba la boda. El sacerdote bendecía la unión. El órgano resonaba con una marcha nupcial.

La ceremonia fué breve.

Regresaron de nuevo al tocador. Ya estaban unidos para siempre. Gaby meditaba... "Dentro de un instante se enterará de la desaparición, y habré de confesarlo todo... ¡Qué vergüenza!

Bruce, radiante de dicha, intentó besarla:

—Eres divina, Gaby.

Pero retrocedió al ver que las manos de Gaby le empujaban violentamente:

—No me toques, Bruce; ¡soy mala, muy mala!...

Rompío a llorar con un doloroso estallido. Bruce la miró con compasión.

—Chiquilla... ¿qué tienes?

La policía entró violentamente en la habitación. El prefecto Lecointe, sonriente, traía preso a Antonio. Lo había detenido al huir éste de la casa. Y le confesó el ladrón que Gaby era la autora del plan...

—¿Qué ocurre? — gritó Bruce —. ¿Cómo se atreven ustedes a penetrar aquí?

—¡Perdone... Bruce! — dijo el prefecto —. Pero sorprendimos a ese hombre — y señaló a Antonio — cuando salía de la habitación de Gaby con esto.

Y mostró a todos el collar de la Zarina.

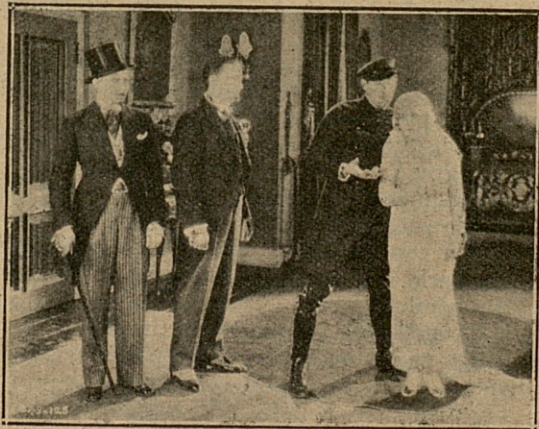
Gaby tenía el gesto de mártir. Bruce la miraba con ojos impasibles.

—Bien se lo advertí a usted yo, Bruce... Esa Gaby es muy astuta.

Y el policía la contemplaba burlonamente. ¡Por fin la tenía en sus manos!

—Antonio acusa a esa mujer de ser la autora del robo... ¿No es así? — siguió diciendo Lecointe.

—Es verdad — dijo Antonio —. Gaby, tú has venido combinando todo el plan desde la



—Gaby, tú has venido combinando todo el plan desde la fecha en que el señor Bruce estuvo por primera vez en casa de Vibout...

noche que el señor Bruce estuvo por primera vez en casa de Vibout. ¡No lo niegues! — agregó brutalmente.

—¿Es verdad eso, Gaby? — preguntó el norteamericano.

Y ella, confesando con el vencimiento de la mujer que se entrega al sacrificio, murmuró:

—Es cierto...

Pero su almita no podía resistir aquello. Y cayó como muerta, sin fuerzas para luchar.

—¡Gaby!... ¡Gaby!... — decía su marido abrazándola.

Los besos y caricias de él lograron que volviera en sí. Pero ella lloraba, deseando morir para no presenciar aquella escena.

Bruce, queriendo terminar la violenta situación, agregó:

—Después de todo, no es asunto en el que haya de intervenir la policía, amigo Lecointe; el collar era de ella y tenía perfecto derecho a regalarlo. De modo que pongan en libertad a ese hombre.

—¿Usted sabe lo que hace, Bruce?...

—Le ruego que quite las esposas a ese individuo... No he dicho otra cosa.

—¡Bien!... ¡Bien!... Si hubiese muchos hombres como usted, el mundo sería un paraíso o un presidio suelto.

Lecointe libró a Antonio, y se retiró acompañado de los policías. ¡Allá Bruce que se arreglara!

Quedaron solos Bruce, Gaby y Antonio. El último rompió el silencio:

—Y yo, ¿qué tengo que hacer aquí? — dijo cínico.

—Tiene usted razón, Antonio — contestó

Bruce —; vamos a ver, ¿qué prefiere usted? — Y le enseñó el valioso collar. — ¿El collar, o ella? — dijo señalando a Gaby que, en un rincón, seguía llorando su dolor.

—Mujeres bonitas hay de sobra, señor... Pero sólo hay un collar como ese en todo el mundo...

—Pues es tuyo...

Antonio miró extrañado al americano.

—¿Lo dice usted de veras?... ¡Cuidado que tiene usted unas cosas! Otro me hubiera metido en presidio... Y usted, encima, me regala la joya.

—Tuya es... ¡tómala!...

—¡No... no... no puedo consentir eso! — dijo Gaby.

¡Cómo odiaba a Antonio!... Al ver que prefería el collar al amor de ella, de Gaby, que tanto había hecho por Antonio, sintió que el odio se agudizaba en su corazón... ¡Canalla!... ¡Canalla!... Ya nunca más suya... nunca... ¡antes del último mendigo!

—¡Miserable! — le gritó —. ¡Te odio!... ¿Cómo pude pensar, siquiera por un momento, que te amaba?

Antonio se puso a reír con un cinismo inaudito.

—¿Ahora sales con esa? Pues, ¿qué? ¿Es que prefieres que te lleve a cuestras y abandone la joya?... ¡No me conoces, ingenua!... Señor — dijo, satisfecho, a Bruce —, me

marcho porque esa mujer acabará por hacerme llorar como un niño...

Y estrujando avaramente la joya, salió, loco de morbosa dicha. ¡Que hubiera muchos americanos como aquél! ¡Se viviría!

Gaby miró a Bruce con infinito dolor:

—¡Ah! — gimió —. ¡Tan bueno como eres y yo tengo la culpa de todo lo que pasa!... ¡Perdóname... perdóname!...

—¡Gaby! — dijo él, besando sus labios —. Yo estaba enterado del plan, pero tenía fe en tí; quería que te desengañases y vieses a Antonio como ahora lo ves. No te ha querido nunca. Ya ves: el collar de perlas representa para él mejor cosa que tú.

—¿Por qué se lo diste, Bruce?... ¡Valía tanto!...

—No... chiquilla. El collar que yo le dí es sólo una imitación. Pocos francos le darán por él. Para ti reservo el verdadero, el auténtico... ¡Y todo mi amor, si tú me quieres!... Tú eres buena, Gaby, ¿verdad?

—Bruce... perdón... haz de mí lo que quieras... Soy tuya... te amo... quiero olvidarlo todo.

La hermana de Bruce se presentó de improviso:

—El automóvil está esperando. ¿Verdad que la boda no ha podido quedar mejor? Todo ha salido tal como se había arreglado.

—Sí, todo... — dijo sonriente el novio —. Vamos, Gaby...

Y poco después el coche les conducía a la estación para emprender un largo viaje de novios. Gaby era ya otra mujer... Marcharían a Norteamérica... allí nadie la conocía... Y allí comenzarían una nueva vida de amor...

— FIN —

Próximo número:

La sensacional novela

EL MÍSTICO

PRODUCCIÓN NACIONAL

Adaptación cinematográfica de la
obra cumbre

del genial autor **Santiago Rusiñol**

Muy en breve se pondrá a la venta la
preciosa novela

El coche número 13

publicada en las **EDICIONES ESPECIALES** de
La Novela Semanal Cinematográfica

Adaptación de la popular novela de
Xavier de Montepin.—Interpretación a
cargo de **Lili Damita**, la bella creadora
de «La Poupée de París».—Esta novela
será indiscutiblemente un nuevo éxito.

Recuerde los anteriores:

La Viuda Alegre

El Gran Desfile

Miguel Strogoff, o El Correo del Zar

La Princesa que supo amar

A estos éxitos seguirán los de

Nantas, el hombre que se vendió

Sin familia

y el mayor acontecimiento del año:

¿....?

L. N.
S. C.

